

Domingo XVIII del tiempo ordinario

El pan y el agua, en casi todas las culturas y en muchísimos sistemas religiosos, no son solamente comida y bebida, sino que casi siempre son signo de una comunión. No son solamente alimento físico, sino también fortalecimiento espiritual.

De hecho, en la liturgia de hoy es a través de un banquete que entramos en comunión con un gozo nupcial, el gozo de una nueva vida que aparece.

En muchas naciones que van desde la Escandinavia hasta los países árabes, el rito fúnebre desemboca en un banquete de luto; con un almuerzo se puede consolidar una bonita y permanente amistad, se establecen acuerdos de trabajo, se realizan contratos, se conquista un amor y se celebran ceremonias oficiales. La liturgia de este domingo se mueve en el ritmo de este ámbito y toda su simbología.

El primer contacto con esta atmósfera simbólica nos lo ofrece un profeta anónimo del siglo VI A.C. cuya obra ha sido introducida en la gran obra de Isaías; por tal motivo, los estudiosos lo han llamado convencionalmente como el *Segundo Isaías*. Su apelación está modelada en base a la figura de los vendedores de agua y de productos alimenticios ambulantes que se ponían a vender en las plazas del Oriente.

Sin embargo, el tono de la invitación cambia sensiblemente, gracias a la insistencia que el profeta pone en la *gratuidad* de la comida y de la bebida ofrecida.

El *agua* se vuelve así, emblema de la vida, de la libertad, del Espíritu donado por el Señor a los exiliados que están ya casi por encontrar en el templo reconstruido de Jerusalén, la fuente de agua viva.

El *vino* y la *leche* son signo de la fertilidad que caracteriza la tierra prometida que será de nuevo entregada a Israel después de 70 años de exilio en Babilonia.

El *pan* es el alimento primario de la vida, mientras que la comida suculenta evoca el banquete mesiánico cantado por el mismo Isaías en 25,6: “El Señor de los ejércitos preparará para todos los pueblos, sobre este monte un banquete de majares suculentos, de vinos excelentes y bebidas refinadas”

Por tal motivo, la apelación que hace el segundo Isaías es como el resumen de la vida en la nueva y perfecta Jerusalén, cuando Dios y el hombre habrán alcanzado su nivel más alto de intimidad. Es exactamente como lo expresa el libro del Apocalipsis en 22, 17: “Quien tenga sed que venga; quien quiera que beba gratuitamente del agua de la vida.”

El tema de la comida prosigue luego también en el salmo, donde todas las criaturas abren sus ojos hacia Dios llenos de esperanza, de hambre, de sed, de deseo y “Tú Señor, les das el alimento, abres

tu mano generosa y sacias de favores a todo viviente”; este salmo, que es el 144, es la última composición alfabética del salterio, y a través del juego alfabético exalta la infinita ternura del corazón de Dios, Padre y Creador.

También el salmo hace como una resonancia de otra bellísima lírica de los salmos: “Todos de ti esperan que les des el alimento en el momento oportuno; Tú lo provees y ellos lo recogen, Tú abres tu mano y se sacian de bienes” (Ps 104, 27-28).

Por tanto, el alimento adquiere una dimensión teológica: es signo de la providencia paterna y amorosa de Dios con relación con sus creaturas.

El valor simbólico del alimento alcanza su ápice en la narración de la multiplicación de los panes, que constituye la lectura del evangelio de hoy. La importancia de este episodio está constatada por el hecho que es presentada en los evangelios en seis ediciones distintas: dos veces en Mateo y Marcos, una en Lucas y una en Juan.

Detrás de este relato concreto del pan ofrecido a la multitud hambrienta encontramos una alusión directa al Maná del Éxodo, al banquete mesiánico, a la misma celebración eucarística; de hecho, el signo de los panes realizado por Jesús es descrito teniendo presente la secuencia de los hechos de la cena pascual: “alzar los ojos al cielo; partir el pan y repartir el pan”. A los ojos de Mateo aquella mesa en el desierto es la anticipación de la cena eucarística; en esa cena el cuerpo de Cristo es comida y su sangre es bebida, signo supremos de la comunión con la humanidad hambrienta y sedienta...